

ODIN EN COLOMBIA: EL SUEÑO DE ANDERSEN

Por: Sandro Romero Rey

El 2 de abril de 1805, nació en Odense (Dinamarca) el escritor Hans Christian Andersen. 206 años después, el 2 de abril de 2011, el grupo Odin Teatret, de Holstebrö (Dinamarca) se presentó en las instalaciones del T. E. (Teatro Estudio) de la Biblioteca Julio Mario Santodomingo de Bogotá (Colombia) ante una centena espectadores. Habían comenzado la temporada el día 31 de marzo y allí estarían, hasta el 9 de abril, presentando la obra “El sueño de Andersen”, estrenada en Europa en el año 2005, para celebrar el nacimiento y conmemorar los 136 años de la muerte del autor, ocurrida en Copenhague, en 1875. El regreso del Odin Teatret a Colombia ha sido uno de los acontecimientos culturales más importantes de los últimos meses en nuestro país. No sólo por la presentación de esta ambiciosa puesta en escena, cuya escenografía y dispositivo espacial (incluido el lugar en el que se sienta el público) fue embarcado dos meses atrás para que llegase a tiempo a la exclusiva temporada bogotana. No sólo, digo, por las condiciones especiales en las que se montó y representó la pieza, sino porque Eugenio Barba y su ejército de actores (Kai Bredholt, Roberta Carreri, Jan Ferslev, Tage Larsen, Augusto Omolú, Iben Nagel Rasmussen, Julia Varley, Frans Winther, Elena Floris, Donald Kitt) significan muchísimo para todos aquellos que sienten en el arte del teatro mucho más que una simple empatía. El Odin Teatret es el símbolo de una actitud de vida y de muerte, quizás perdida para siempre, pero que ellos se empeñan en mantener vigente, gracias a su trabajo descomunal, a su entrega sin reservas al oficio y convirtiendo sus 47 años de existencia no en un obstáculo sino en una posibilidad profunda de creación y de invención estética.

Leo en una revista virtual colombiana, de nombre “La bobada literaria”, lo siguiente, en ocasión del Día Internacional del Teatro: “No es que el teatro no nos importe, es que el teatro no le importa a nadie, excepto a tres o cuatro bebedores de canelazo que creen que el mundo debería girar alrededor del teatro y a quienes después de más de treinta años de tomar canelazo empiezan a llamar 'maestros'”. Sí. Es una revista de humor. Pero muchas veces he consignado en este espacio opiniones similares. Al parecer, estar de moda



La alfombra voladora,
espectáculo-demostración de trabajo del Odin
Teatret.
Foto de Francesco Galli.

es aprender a asesinar el pasado porque el presente es tan interesante y tan cargado de emociones que, lo mejor, es convertirse en un criminal postmoderno. Allá ellos. ¿Que el teatro no le importa a nadie? Bueno, no le importa a mucha gente, incluidos los simpáticos iconoclastas de “La bobada literaria”. Pero les aseguro que cuando se está al frente de actores como los del Odin Teatret uno entiende para qué diablos se inventó un arte desde el siglo V antes de Cristo y aún se empeña tercamente en mantenerse vivo. No lo digo solamente yo. Lo dicen los 1200 espectadores de las nueve funciones de “El sueño de Andersen”. Lo dicen los cientos de testigos que luchaban por encontrar un puesto en las siete demostraciones de trabajo del grupo. Lo decimos los conmovidos testigos de los monólogos “El hermano muerto” de Julia Varley o de “Las huellas en la nieve” de Roberta Carreri. Y lo dirá, supongo, el público caleño que asistirá a las tres nuevas obras y a las nueve actividades paralelas con las que el grupo se entrega a sus fieles seguidores.

Hace muchos años no me tomo un canelazo, pero desde hace más de treinta años llamo “maestro” a Eugenio Barba y ahora subrayo el calificativo. El discípulo de Jerzy Grotowski, el creador de más de ochenta y un espectáculos con miles de representaciones a lo largo y ancho de este mundo, el “desterrado” voluntario de su Italia natal para irse a probar fortuna, primero en Noruega y luego en Dinamarca, es un maestro con todas las mayúsculas que le quepan en su cuerpo, en compañía de sus delirantes creadores escénicos. Son muy pocos los grupos de teatro que quedan en este mundo. Hay compañías, hay dramaturgos, hay directores, hay gentes de teatro, hay “teatros” (qué palabra, que rima con “cuatrero”, con “cuentero”...). Pero conjuntos teatrales en el que sus integrantes tengan setenta o más años a cuestas y continúan conmoviendo espectadores en todos los continentes son muy pocos. Hay personalidades únicas, como la de Peter Brook, quien acaba de retirarse a los ochenta y cinco años. Hay nombres y nombres que saltan a la memoria. Hay herederos viejos, como el Teatro La Candelaria o herederos más jóvenes como el Teatro Varasanta quienes, entre otras, conmovieron a los daneses en Bogotá con una función memorable de la obra “Kilele”, el pasado lunes 4 de abril.

El Odin Teatret es una de esas actitudes humanas que uno le agradece a los dioses, donde quiera que estén, por haber existido. Sus obras son únicas, irrepetibles, demoledoras, contundentes. Muy pronto desaparecerán, eso no importa. Lo que importa es que estuvieron vivos alguna vez. Y que pudimos verlos. Una, dos, diez veces. En mi caso, los conozco desde finales de la década del setenta. Han venido a Colombia tres veces y he dormido en su sede en Holstebrö, en 1992, cuando el grupo, por desgracia, se encontraba de gira. Allá, en la Sala Blanca, nos presentamos, para nosotros mismos. Nunca he dejado de respetarlos y de admirarlos. Porque escribir es muy fácil. Pero hacer teatro (y convencer; y conmover) es muy difícil, difícilísimo, casi imposible. Pero, ¡ah! Cuando ese milagro se consigue, créanme, lectores, creedme, oh, sobradísimos humoristas de “La bobada literaria”, el asunto es a otro precio. Voy a tratar de explicarme. Y, una vez más, dejadme, pacientes testigos, recurrir a la primera persona, que es la única que conozco. Comenzamos.



Había una vez, en un país muy lejano, llamado Dinamarca, un pueblecillo conocido como Odense. Allí, quien estas líneas escribe, terminaría visitando una casita diminuta, como de cuento de hadas, en la cual había habitado un tal Hans Christian Andersen. Allí estuve, en compañía de un grupo de actores colombianos de la Escuela Nacional de Arte Dramático de Bogotá, con quienes presentamos la obra titulada “Elektra”, que montamos, con actores daneses, noruegos y locales, en gira colombiana y luego en tour danés de siete ciudades. La primera parada fue la capital, Copenhague, donde visitamos una estatua de cuento infantil: la de la sirenita, que mira hacia el mar infinito. Dos días después, estuvimos en Odense, donde nos presentamos en un colegio de educación artística. Allí nos llevaron a la casa del autor de “El patito feo” y de “El nuevo traje del emperador”. Una casa de techos bajos, calcada de un cuento infantil, donde vivió el escritor y donde el actor Camilo Villalba, de uno ochenta y cinco de estatura, estrelló su frente contra una viga.

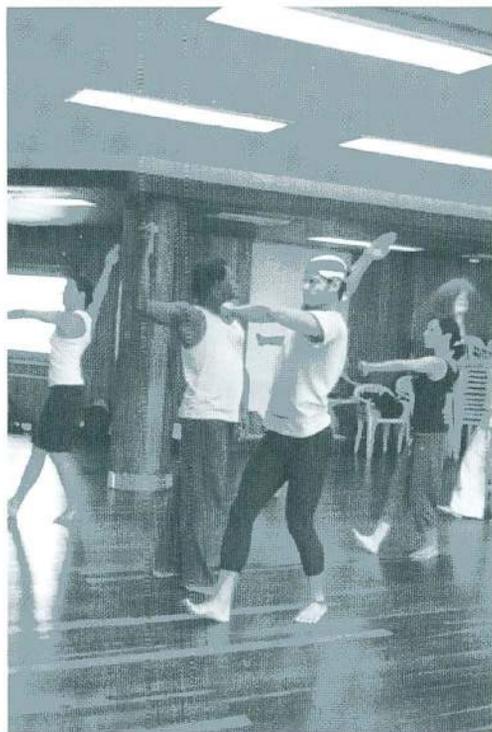
Y siguen las asociaciones. En una versión para títeres de “El nuevo traje del emperador” trabajé hace años, muchísimos años, cuando el teatro le interesaba a alguien y los de “La bobada literaria” no habían nacido. Quien esto escribe comenzaba a fabricar sus herramientas artísticas y Hans Christian Andersen, sin proponérmelo, había servido como punto de apoyo. Por supuesto que, como todos los niños del mundo, había leído sus cuentos. Pero sus cuentos los confundía con los de Charles Perrault, con los de los hermanos Grimm, con los de “Las mil y una noches”. En aquel tiempo no había autores. Había historias. Pasarían muchos años antes de que me diera cuenta de que Andersen no sólo era un fabricante de historias sino que él, así mismo, tenía la suya propia.

Ahora, en el 2011, el Odin Teatret, el grupo creador de espectáculos sin libreto, el grupo inventor de un teatro desde el cuerpo y no desde la palabra, llega a Colombia con una obra basada, no en los cuentos de Andersen, sino en “los sueños” de Andersen. O, en realidad, en “el sueño” de Andersen. El sueño que el autor consigna en sus diarios, con fecha 26 de septiembre de 1874. ¿Importa el dato? Sí, si queremos saber cuáles son los mecanismos secretos que funcionan como detonantes de un espectáculo del Odin. Pero, en realidad, “El sueño de Andersen” es una obra de teatro que va mucho más allá, extraña, muy compleja, llena de signos y laberintos, a ratos violenta, por momentos melancólica, triste, quizás hermética, pero nunca fatigante. Trataré de describir lo que allí pasa: al entrar, el público se encuentra en una pequeña bóveda de espejos de forma oval. Los espectadores nos miramos frente a frente, en tres filas, que tienen luz debajo de nuestros pies. Así que el público también “es” el decorado. Al centro del espacio escénico, nieve. El mismo Barba y un asistente organizan a los espectadores. Luego, la oscuridad. Durante una hora, los actores entran en un delicado juego de formas y de encuentros en los que se canta, vemos cientos de personajes, se juega, se construye un universo. La nieve cae todo el tiempo. Un barco vuela por los aires. Una hermosa joven canta por encima de nuestras cabezas. Sheherazade es una muñeca que conversa con Hans Christian Andersen, convertido también en un ser manipulado. El soldadito de plomo es un actor brasileño de raza negra que, a su vez, es una bailarina de ballet clásico, en riguroso y apretado tutú. La mamá de Andersen, una señora alcohólica y simpaticona

es Roberta Carreri, bebiendo para calentar sus huesos. Un grupo de viejos artistas se reúne en un jardín de verano para bailar con el sol y hablar en cinco lenguas. Las máscaras de una tribu imaginaria cantan canciones de países inventados. A una muchacha le cortan las piernas con una sierra, donde portaba un par de zapatillas rojas. Debajo del público suenan extraños engranajes, como si estuviéramos en las entrañas del purgatorio. Los actores son músicos que tocan trompetas, guitarras, percusiones diminutas. Por último, una banda anima un sarcófago lleno de piedras, donde son quemadas hojas de papel mantequilla con las imágenes en blanco y negro de los actores. El sarcófago se abre y caen las piedras al piso. Del interior del mausoleo, crece, misteriosamente, una planta. Oscuridad total.

Al igual que en la obra "Kaosmos", presentada en Bogotá en un Festival Iberoamericano de Teatro, los actores no saludan durante los aplausos. Desaparecen. Nosotros, los testigos, agitamos nuestras palmas, lanzamos chiflidos, golpeamos furiosos contra el piso. Pero los actores nunca regresan. Barba, quien está sentado siempre entre el público, también se escabulle.





*Taller para bailarines y actores con Augusto Omolú,
actor de Odin Teatret, en Cali.
Foto de Patricia Furtado.
Archivo del Festival de Teatro de Cali.*

He visto dos veces “El sueño de Andersen” desde dos ángulos diferentes. Son dos obras distintas. A pesar de que la partitura es exacta, medida, fija, inamovible, cuando cambia el punto de vista, cambia la obra. Porque las obras del Odin no cuentan ninguna historia. Nunca deberemos preguntarnos “¿de qué se trata ‘El sueño de Andersen’?”, como uno no se pregunta de qué se trata un cuadro de Kandinsky. En el Odin las barreras entre la danza y lo teatral se rompen y nunca sabremos cuándo empieza el uno o cuando termina el otro. Las obras no “se tratan”. Las obras se viven a través de imágenes sucesivas del cuerpo. Pero tampoco son abstracciones frías. Hay allí algo más, algo que está escondido y que podemos, a veces, con la cabeza helada, reproducir con ciertas palabras. Pero, en el conjunto, no existe una dramaturgia del papel en los espectáculos del Odin Teatret.

No hay un libro con las palabras que dicen los actores en sus obras, así como no existe una partitura de los movimientos de Isadora Duncan. Lo que sucede sobre un escenario no puede repetirse de manera impresa. Ni siquiera en video, pobre prueba de lo que se inventa en vivo. Quizás por ello los puristas de la literatura se previenen con el arte de las tablas (bueno, en el caso de “El sueño de Andersen” no es de las tablas, sino de la nieve y, luego, de los espejos). Las obras de Shakespeare son textos maravillosos. Pero cuando se ponen en escena (casi siempre mal, hay que reconocerlo) el texto es apenas una pequeña parte.

Allí está la presencia física de los seres humanos, el vestuario, las luces, la música, el silencio. Sí. El silencio no se puede expresar con letras. Barba lo anotó después de la presentación de la obra "Kilele", del grupo Varasanta. Cuando se acabó la obra, no quería aplaudir, prefería el silencio. Porque con las obras que lo habían conmovido en la vida prefería callar. Y "Kilele" es evidente que lo conmovió.

Si debiera hacer algún reparo a "El sueño de Andersen" tendría que recurrir, de nuevo, a mis impulsos privados. Así como a Barba le interesa el silencio, a mí me gusta llorar en el teatro. O, al menos, erizarme. Me gusta la catarsis. En "El sueño de Andersen" no dejé derramar ni media lágrima. Quizás mi claustrofobia, quizás los espejos en cielo y tierra, quizás la manera como estuve sentado en las dos funciones, no lo sé. Aunque también creo que al interior del espectáculo hay algo que me inquieta y que nunca sabré descifrar. Quizás es el hecho de que en la obra uno siente más una suma de individualidades que un conjunto en acción. Quizás por ello sí me conmoví y me ericé viendo en vivo a Roberta Carreri y su demostración unipersonal titulada "Los pasos en la nieve". Pero son impresiones muy personales y no quiero desbaratar la fiesta haciéndome el inteligente, como si me hubieran recibido en el comité de redacción de "La bobada literaria". Por supuesto, las flechas de ambos trabajos apuntan hacia blancos espirituales harto diferentes. En la experiencia de Carreri, ella nos cuenta su historia, nos desnuda sus recursos expresivos (el ejemplo de los resonadores es impresionante, casi sobrenatural) y finalmente nos representa las hermosas imágenes de su monólogo denominado "Judith", que posee momentos como para arar en la luna.

"El sueño de Andersen", por el contrario, es un espectáculo cerrado en sí mismo. No es un cuento para los espectadores. Es una experiencia de la cual somos testigos, no somos cómplices. Estamos allí, como los muñecos que parodian al mismísimo público, sentados al frente de la escena. Somos figurines que miramos a unos seres más allá de la muerte, quizás en el purgatorio

de nueces y chocolates inventado por un Andersen que a su vez es un invento del Odin. Todas esas piezas han sido articuladas por ese aciago demiurgo que se llama Eugenio Barba y que sabe jugar con sus actores a las muñecas con una inteligencia que arruga las piedras. El, con su energía, con sus ganas inmensas de hacer estallar los cerebros (yo no sé por qué a veces su rostro me recordaba al de Pier Paolo Pasolini; pero eso no debería decirlo), ha llegado a Colombia a demostrarle al universo que con el teatro se pueden hacer maravillas y poner a conversar a “La reina de las nieves” con “Las mil y una noches”, a los jugadores de fútbol con “El patito feo”, al blues con las canciones nórdicas, al castellano con el danés, a la vida con la muerte.

Como los fanáticos de Grateful Dead, que iban de ciudad en ciudad de los Estados Unidos detrás de los conciertos de sus ídolos, haremos maletas para el VIII Festival de Teatro de Cali y ser testigos de “Las grandes ciudades bajo la luna”, de “En el esqueleto de la ballena”, de “Sal”, de “Casi Orfeo”, de la “Carta al viento”, en fin. Porque la generosidad del repertorio del Odin en Colombia es más que amplia y esas oportunidades no se pueden perder, porque de pronto llega un día en el que alguien prohíbe el teatro para siempre y nos vamos a quedar, allí sí, con las ganas de haber sido alguna vez felices.